

capacidad creadora en cine y t.v.

• WILLIAM F. LYNCH, S. J.

Es verdaderamente apropiado, al principio de este congreso (1) que nosotros, un grupo de Cristianos serios, nos propongamos la grave cuestión final de la Cristianización del nuevo e importante arte visual de la cinematografía y la televisión.

Este es el tema que me ha sido sugerido para nuestra discusión inicial, y lo trataré verdaderamente con suma gravedad. Pero desearía ir pronto al grano, al centro, al fondo del significado de la palabra Cristianización como se la emplea en este contexto. Siempre ha existido un buen número de problemas críticos creados en torno a algunos significados de esta palabra. Si no abordamos los más importantes cabe algún peligro de que al final de esta reunión nos separemos como hombres y mujeres que aparentemente se han comprendido los unos a los otros en todo momento, pero que realmente no se han comprendido.

Desde el comienzo hasta el final plantearé el siguiente interrogante: ¿Qué significa la Cristianización en este contexto cultural? Si aceptamos con demasiada

prontitud una respuesta, conseguiremos rápidamente, sin duda alguna, unas cuantas victorias, pero prestaremos, además, un mal servicio al Cristianismo. Si me hablara en público monologando respecto a la dialéctica de esta clase de situación, se me ocurrirían ideas como las siguientes.

En el orden dogmático aceptaríamos algo que es sumamente importante pero que no llegaría al fondo del presente problema de los nuevos medios de comunicación en masa. Se proporcionaría a la religión igual tiempo que a las comedias, las películas del oeste y los documentales; habría igual tiempo para los sermones, los servicios religiosos y las noticias religiosas. Estaríamos satisfechos porque la Iglesia y el Cristianismo habrían sido reconocidos y honrados formalmente. Las nuevas industrias de la imagen animada estarían satisfechas de su propia generosidad, y se sentirían enormemente aliviadas por haber descartado a otro grupo actual y potencial de críticos. Jesucristo habría sido reconocido, pero El también habría sido puesto en su lugar. Su humanidad (y la nuestra) habría sido puesta en su lugar.

Desde el comienzo hemos tenido una

(1) Comunicación presentada en el Congreso de UNDA y OCIC (Montreal, junio, 1962).

idea muy clara de esta parte de nuestro problema, a saber, que el Cristianismo, la religión, la Iglesia y Jesucristo tienen que ser reconocidos. Pero si no comprendemos adecuadamente y no nos atenemos aquí a nuestra posición total, quedaremos expuestos a ser anegados literalmente por una falsa generosidad del mundo. Si nos mal interpretamos y actuamos de conformidad a ello, el mundo podría muy bien venir a golpear a nuestras puertas para decir: les proporcionaremos igual tiempo; reconoceremos todo el tiempo que necesiten para proclamar la divinidad de Jesucristo; realmente algunas veces nos inclinamos a creer en ella; pero una vez que hayamos convenido en estas relaciones públicas, tendrán que dejarnos la humanidad y la determinación de lo que es humano; tendrán que dejar que nosotros determinemos el estado de la imaginación de su nación. Tendrán que dejar en nuestras manos el estado de las artes. Nuestro trato consistirá en que ustedes Cristianizarán a las gentes y nosotros las humanizaremos.

Este convenio de relaciones públicas ha sido ofrecido anteriormente al Cristianismo en varias formas. Ha sido ofrecido a guisa de un *modus vivendi* en la vida del hombre, en la forma de nuestras estructuras sociales, en el carácter de la vida de los negocios, en la Ética de nuestra vida política. No quiero decir que haya una confabulación general para apoderarse del dominio del mundo mientras a la Iglesia se le asigna el dominio del cielo, aunque todos sabemos que algunas veces éste ha sido el caso. No estoy presentando acusaciones contra nadie, pues estoy más interesado en indagar qué es lo que nosotros como Cristianos cree-

mos que deberíamos estar realizando. Una pregunta que podemos hacernos es la siguiente: ¿acaso el problema de la divinidad de Cristo y de la Iglesia no ha sido discutido tan a menudo que siempre estamos expuestos a dejarnos adormecer de satisfacción por su aceptación y su reconocimiento públicos, y a olvidarnos de que El también era un hombre?

El problema de la importancia de nuestra humanidad, de nuestra pugna por ser humanos, y el derecho del Cristianismo a participar de este problema ha sido combatido y aclarado en el siglo pasado en los terrenos social, económico y político. Ningún Católico verdadero pone ahora en tela de juicio este derecho. Pero esto no es igualmente cierto en cuanto respecta a la vida de la imaginación creadora, las artes y la postura que el alma cristiana debe adoptar ante este nuevo acontecimiento en gran escala que dimana del enorme desarrollo de la televisión y la industria cinematográfica. Ahora me atrevo a sugerir la posibilidad de que nuestra humanidad está hoy día más en riesgo ante esta nueva invasión de la historia, que ante lo económico y lo político. Esta invasión es más amplia, más interna, más profunda.

II

Es necesario que nosotros consideremos la verdadera magnitud de la revolución en la vida de la imaginación que afrontamos hoy día y que tenemos que afrontar. A mi entender la magnitud del nuevo problema puede expresarse en los términos siguientes:

Las revoluciones económicas y políticas de la historia moderna fueron enor-

mes problemas que la Iglesia tuvo que afrontar y ha afrontado. Todavía estamos afrontando esos problemas y la crisis está lejos de haber pasado. Las enormes estructuras anónimas de la tecnología moderna, acopladas a las gigantes estructuras políticas y económicas, continuarán siendo una amenaza al espíritu del hombre mientras éstas tiendan a producir en él actitudes siempre crecientes de pasividad e incapacidad. La Encíclica *Mater et Magistra* ataca este problema en forma amplia y detallada. Exhorta a lograr una humanidad activa y creadora que dirija estas estructuras anónimas hacia la meta de lo humano. Quisiera ser el último en substraerle gravedad a estas cuestiones. En verdad, mis propios estudios tienden a convencerme de que esta creciente sensación de que hay muchos mecanismos ingentes entre nosotros, en los terrenos donde actuamos como si éstos no existieran, es uno de los factores que arrojan vastas olas de inercia y enfermedades mentales sobre nuestra civilización. *Mater et Magistra* se ocupa ante todo de esta inercia económica y política. Pero en un nivel más alto que el de estas consideraciones se preocupa de toda la multitud de formas en las cuales está en peligro lo que denominamos identidad humana. Espiritualmente lo que está en juego al referirnos a la identidad humana no es nada menos que, en una forma análoga u otra, la salvación del alma humana y del ser humano.

Pues bien, esto es importante, Dios lo sabe. ¿Qué podría ser más importante? Pero, ¿acaso no existe siempre en nosotros una especie de confianza fundamental en el sentido de que el interior del hombre, el espíritu interno del hombre,

se rebelará siempre, al final de cuentas, contra los monstruos externos, por abrumadores que parezcan, y que el espíritu del hombre está siempre a salvo de estos monstruos por el mero hecho de que reconoce la externalidad de los monstruos y que no son parte de la vida del espíritu a menos que sean formados por el espíritu del hombre? Al final de cuentas jamás nos doblegaremos, pero entraremos finalmente en acción para crear, en el terreno donde anteriormente solamente éramos el objeto de la acción y estamos reducidos a la incapacidad. Esto ha sido siempre algo muy cierto en la historia. Jamás entregaremos nuestra humanidad al mundo externo.

Pero ahora vuelvo a mi consideración de que la nueva situación que encaramos, juntamente con la abrumadora invasión de la vida de la imaginación y las artes por la tecnología y las técnicas en masa, es algo más grave y más profundo que toda crisis del orden económico o político. Pues estamos considerando nada menos que el mismo interior del hombre, la misma esencia por cuya fuerza y poder siempre ha reaccionado para dominar el mundo exterior, que está siendo invadida por abrumadoras potencias tecnológicas que tienden a producir inercia e incapacidad en la parte más potencialmente reactiva del hombre, es decir, en su imaginación, en el mismo meollo de su instinto creador, en la misma sede y bastión de su propia visión.

Supongan, pues, una enorme ola de inercia anegando la misma imaginación, la formación de imágenes, el cultivo de las artes, la música, la danza. Finalmente, anegando la formación, el moldeado de la interminable concreción y detalle de

la idea del hombre. Esto es lo que ya ha comenzado a suceder, en una forma mecánica, en tan amplia escala que la materia de lo cuantitativo crea una nueva situación crítica.

También está ocurriendo en el nivel de la anonimidad. Quisiera poder decir que este fenómeno de la invasión del interior del hombre por lo tecnológico estuviese confinado, para su propio beneficio, a la cinematografía y la televisión, porque entonces serían mucho mayores las oportunidades para poder aislar y dominar a su debido tiempo este fenómeno. Pero en perjuicio de esos medios y de nosotros ambos estamos rodeados de muchas otras formas de esa nueva espiritualidad. Voy a citar sólo dos ejemplos, uno particular y el otro muy general. El primero es el creciente mal estado de nuestra arquitectura. El que tenga ojos, que vea. Basta observar las fábricas de producción uniforme que está comenzando a construir en masa nuestros edificios públicos y nuestras viviendas. ¿Osaríamos decir que cada arquitecto, al colocar su nombre responsable como artista en cada edificio, está contribuyendo a este estado de cosas, o bien que el anonimato y la repetición están dominando la situación? Mi ejemplo general es el significado del concepto conformismo. Pues el conformismo significa que ya no osamos o siquiera deseamos exponer nuestros pensamientos y sentimientos, o nuestra propia vida interior, sino que deseamos traspasar el problema a otra persona. No es tampoco ni siquiera un problema sano, lo cual ya sería en sí bastante malo. Porque el conformismo es anónimo. No es un encuentro con los pensamientos definidos de otra persona definida sino con

los pensamientos y las sensaciones que colman vaga y anónimamente el ambiente. Por lo tanto, en un cocktail conformista, como hay muchos, nadie de los que están allí quiere estar allí y todo el mundo está allí porque quiere satisfacer los deseos de otro que está allí. Pero ese otro, irónicamente, no está allí.

Es de reiterar asimismo que la historia nos pide que confrontemos toda una serie de mecanismos gigantes y anónimos que parecen imitar el orden de la verdad eterna y la objetividad en sus exigencias, y que obligan a nuestra humanidad activa a encogerse en la pequeñez y la incapacidad. Decimos que los negocios con los negocios, con el significado de que nada podemos hacer al respecto. Lo mismo decimos de la política; la política es la política —con casi idéntica connotación. Y cuando decimos que la guerra es la guerra, el mayor de los temores y la mayor incapacidad tienden a descender sobre nosotros.

Pero, ¿cuándo hemos tenido que pensar anteriormente que tal problema podría invadir un día el mismo interior, la misma vida imaginativa del hombre?

III

En la superficie estoy presentando un cuadro doloroso. Pero esa no es de ningún modo mi intención. Tampoco deseo de ningún modo que éste sea un ensayo crítico de los demás y de nosotros. Tiene el propósito de ser un intento de análisis, una especie de análisis que pueda conducir a iluminar el cuadro a fin de encontrar lugares efectivos y puntos de ataque en nuestros presentes problemas universales de inercia y temor. Mantengo

una actitud de censura contra los que aseveran que la vida de la imaginación y de las artes no es importante. Estoy tratando de relacionar esta vida, y su presente estado, con todos los anhelos y objetivos de *Mater et Magistra* en los terrenos económico, político y familiar. Si la labor cristiana y humana que exige este documento se efectúa muy lentamente y si la reacción a su llamamiento está lejos de ser atronadora, ¿no se deberá ello quizás, al menos en buena parte, a que la misma imaginación que debe realizar la tarea y los manantiales de creación están en sequía? Hay indudablemente muchos lugares donde siempre podemos comenzar la reforma humana de la sociedad, pero, ¿hemos acaso considerado suficientemente la posibilidad de que la imaginación y las artes sean uno de tales comienzos decisivos? *Sin sabiduría y sin imaginación, los pueblos perecen.*

Puesto que hemos comenzado con el problema de la Cristianización de un nuevo mundo visual, debemos detenernos en este lugar para preguntarnos dónde estamos, y con qué estamos tratando cuando tratamos del mundo de la imaginación y de las artes. ¿Estamos considerando ese último mundo en que el alma humana finalmente dice sí o no al Dios viviente y, por ende, donde la Iglesia tiene absoluta competencia e incumbencia? No estamos considerando ese mundo. Tenemos que hacer esta salvedad en defensa de todas aquellas almas que jamás se preocuparán de ningún modo por los problemas de la belleza y la creación. Ninguno de los presentes desearía imponer el peso de esos problemas a todo ser humano mientras éste se acerca a Dios o se aleja de El.

Tampoco sugiero que esta tarea de preparar nuevas generaciones creadoras, y de volver a dar vigor a la imaginación sea la tarea de la Iglesia oficial y jerárquica. Me gusta pensar que en la Iglesia, como debería ser en la vida, hay muchas formas de autoridad. Existe en ella la divina autoridad jurídica con respecto a la cual podemos determinar históricamente el momento de su entrega y las personas a quienes se ha entregado. Pero hay otras formas de autoridad en el individuo Cristiano y en los grupos, formas bendecidas por la misma Iglesia jurídica. Existe la autoridad de la mente creadora, de la imaginación y del artista profesional y competente. Existe la autoridad intelectual de nuestras universidades. La más sencilla de todas, es la responsabilidad del hombre por su propia alma. La Iglesia tiene razón de esperar que todos esos elementos ejerzan sus autoridades, y no podemos traspasar sus responsabilidades a la Iglesia jurídica. A mi entender esto es lo que la Iglesia dice, y lo dice jurídicamente.

Dichas estas cosas, la Iglesia sabe bien e instintivamente que tales responsabilidades son importantes y afectan profundamente el logro de la identidad y la salvación. No es necesario que podamos concluir todas estas cuestiones con un absoluto análisis teológico antes de entrar en acción con respecto a ellas. Más si la Iglesia no está directamente implicada, sabe que los individuos cristianos, el crítico, el artista, las escuelas y las universidades son otras estructuras existentes dentro de ella, y que al estar implicadas, son responsables por el estado final de las artes y de nuestra imaginación.

Durante siglos nos hemos dedicado a

conjeturar si la vida de la imaginación es pertinente o impertinente a los propósitos finales del Cristianismo. Por lo tanto podíamos entregarnos a dudar siempre y cuando se tratase sólo de un problema de una cultura selecta y fascinadora o de ninguna cultura. Nos enfrentamos con la imaginación Greco Latina y no podíamos decidir definitivamente si la cuestión era pertinente o peligrosa. Nos enfrentamos con el Renacimiento y, aunque actuamos en forma creadora, tuvimos las mismas angustiosas dudas. Esas dudas, a no dudarlo, surgieron del hecho de que la preocupación primordial de la Iglesia dimanaba de lo siguiente: que es la madre del pueblo de Dios, y quien podría decidir fácilmente si era bueno o malo arrojar a la gente en un mundo tan poderoso como el de la imaginación. Hasta ahora siempre abrigábamos el temor de que la imaginación y el artista eran fuerzas potenciales ajenas a nuestra labor entre las gentes, y que la imaginación debería ser considerada siempre como un rival en potencia del Cristianismo. Entre otras cosas, ello significó que el problema era abordado con máximo cuidado, si era considerado, en nuestros seminarios. No sería demasiado osado declarar, y volveremos más tarde a esta cuestión, que desafortunadamente la misma actitud de precaución se aplicaba a nuestras universidades. Por consiguiente, cuando se produjo la revolución cuantitativa en la vasta creación de imágenes fuimos también nosotros quienes habíamos contribuido a la existencia de ese vacío de las fuerzas públicas de la imaginación en el cual podían irrumpir las ingentes fuerzas comerciales para imponer su dominio.

Pero la historia posee un medio de pasar por encima de nuestras teorías relativas a cuáles son las facciones de las fuerzas contendientes en torno a las ideas. En otro tiempo la situación era una cautelosa relación entre el ascetismo cristiano y las artes; la mayor parte de ello se consideraba en función de un hipotético bien de las gentes; hoy día las gentes están anegadas por una nueva vida de la imaginación de la cual temo que, en su mayor parte, están aislados los artistas y la Iglesia, existiendo por el momento al borde ineficaz del problema creador. Parece cierto, por lo tanto, que la nueva alianza debe ser la del Cristianismo, los verdaderos artistas y las universidades de un lado, contra todas las fuerzas, de otro lado, que están anuentes a introducir la tecnología y el concepto de uniformidad en aquellas regiones de la humanidad que les son ajenas.

IV

Hay, a mi entender, una razón más por la cual la alineación de la situación total para la imaginación y el Cristianismo es profundamente diferente hoy día que en varias otras críticas ocasiones históricas. En varios de estos períodos históricos teníamos el temor no que el arte no fuera demasiado humano, porque eso es imposible, sino que fuera fascinadoramente humano. Esto le puede acontecer no solamente al arte, sino también a todas las cosas de la vida, y esto, para consuelo nuestro, puede extenderse a la teología, por lo que no será necesario nunca culpar de ello a los malos artistas y a la pobreza de imaginación.

Sin embargo, hay muchos críticos y artistas que creen que el estado o la ten-

dencia principal de la imaginación es hoy día todo lo opuesto, esto es, que no es suficientemente humana, que no tiene confianza en la realidad humana, que está en amoríos con las ingentes olas de los impulsos gnósticos y maniqueístas. En la palabra *gnóstico* podemos incluir todas esas tendencias que nos impulsan hacia las satisfacciones de la fantasía y los sueños y nos alejan de la realidad. En la palabra *maniqueísta* podemos incluir todas las aversiones y disgustos por la realidad humana que se multiplican entre nosotros. Y si nosotros adoptamos en estos momentos una opinión negativa respecto a la imaginación, solamente haremos otra poderosa contribución a este espíritu maniqueísta. Por lo tanto, hoy debemos marchar adelante en las artes en una forma y en un espíritu mucho más fuertes que nunca.

Es precisamente aquí donde la Cristología y la idea de la Cristianización entran decisivamente en el cuadro y es precisamente aquí donde tenemos derecho y necesidad de hacer unas cuantas declaraciones paradójicas. Si fue Cristo quien entró más profundamente en la realidad humana y si a través de El y en El mismo restauró su actualidad como una vía hacia el Padre, entonces hablando estrictamente es el cristiano quien puede poseer suficiente fe para entrar en esta realidad en tal forma que le de salida en algún lugar. En verdad, la fe es de Dios y está en El, pero hoy día existe una fe cristiana e nel hombre y en la totalidad de su mundo finito. La imaginación necesita esta fe, pero lo que no recalamos suficientemente es que la fe necesita esta imaginación y también necesita las artes.

Y si así relaciono la fe y la imagi-

nación, es con el deseo de que debiéramos comunicar un sentido totalmente efectivo a las funciones de la fe y de la imaginación, teniendo en cuenta siempre la frase de San Pablo que puede emplearse para describir a ambas, y también para describir la esperanza: "*Abriré una salida (ekbasis) a la tentación*". Por consiguiente, concibamos a la imaginación como una ejecución creadora de las cosas; cuando está precedida y acompañada por la fe, cree que puede.

Para los propósitos de nuestra discusión podemos dividir la confrontación humana de cualquier problema por parte de un cristiano en tres etapas. En primer lugar, damos un primer vistazo a cualquier problema y muy a menudo vemos que está preñado de dificultades, algunas veces hasta el punto de terror. Algunas veces éste puede ser un período doloroso acentuado por negatividad. Supongamos que el segundo período es un período de fe y esperanza cristianas, un conocimiento, aún no exacto, de que existe una solución, que hay, como dice San Pablo, una salida, una ekbasis. En el tercer período, la imaginación, la aliada efectiva de la fe y la esperanza, entra en juego. En este período nos damos la libertad de imaginar, de pensar en cosas que podemos realizar. Ya no pensamos únicamente en lo negativo y lo imposible. Hemos pasado a la actividad y nos sentimos atraídos por la posibilidad de acción por nuestra parte, y por la posibilidad de soluciones.

De lo dicho pueden colegir qué significado estoy atribuyendo a la palabra imaginación, y, por ende, a la vida de las artes. No le estoy atribuyendo ese lamentable significado que comenzó a to-

mar arraigo en el siglo XIX, es decir, una facultad secreta del hombre que lo ayudaba por los sueños y la fantasía a escapar de la realidad y penetrar en un mundo donde no había lágrimas y el sol alumbraba y los ángeles danzaban y los vientos septentrionales soplaban siempre que los seres humanos se sentían inconvenientemente débiles. Yo la concibo más bien como la suma total de todas las fuerzas del hombre al trabajar en el mundo concreto para formarse una imagen humana de él y darle una forma en la que podamos vivir. Se trata de algo que siempre actúa en nosotros, para el bien o el mal, que no es ni peor ni mejor que nosotros mismos. Obra en las matemáticas y en los vuelos espaciales. Obró en la creación de las fábricas de producción uniforme, pero aquí fue un acto inferior de la imaginación. Obra tan inferiormente en los enfermos mentales cuando forman una imagen inferior de ellos mismos. Obra en los santos y obra en el demonio. En estos momentos está obrando en una forma colectiva en masa y en la gente. Pero el interrogante que debemos plantearnos es el siguiente: ¿Está obrando en nosotros?

Creo que esta es la cuestión central completa. El cristiano, al contemplar una nueva civilización de imágenes y una imaginación totalmente profunda, al mirar las nuevas fuerzas de la cinematografía y la televisión, no puede permanecer al margen del problema. No puede contentarse con ser meramente un crítico, un cómodo vigilante; con el único fin de estar cómodo no puede entregar la situación de la imaginación a los elementos jurídicos de la Iglesia o a sus agencias o instituciones jurídicas. Y si la parte ju-

rídica de la Iglesia aceptase tal arreglo, si aceptase hacerse cargo de tal responsabilidad, sería a sabiendas de que solamente infundiría más intensidad al mismo mal que debería estar combatiendo. Solamente daría más intensidad al mal de la inercia de la imaginación, y permitiría que los cristianos tuvieran comodidad. Una función de la autoridad es crear e infundir responsabilidad en todos los otros elementos de la Iglesia. Llegamos pues a la importante cuestión total. ¿Dónde recae entre nosotros la responsabilidad de la presente crisis de nuestra imaginación colectiva y de la pasividad o inercia que la acompaña?

Mater et Magistra señala una y otra vez a esas gentes y esas estructuras en los terrenos económico y político que son responsables por el desarrollo de las soluciones creadoras en esos terrenos. Pero como Cristianos aún no nos hemos hecho suficientes preguntas acerca de la responsabilidad para el desarrollo de la imaginación creadora y la vida de las artes entre nosotros. Cabe preguntar, pues, ¿quiénes son las personas y cuáles son algunas de las estructuras en este terreno que son y deben ser responsables? Presentaré algunas sugerencias pertinentes a los Estados Unidos y les pido que refieran estas preguntas y respuestas a sus propios países. En mi país creo que las respuestas se aplican tanto a los Católicos como a los no-Católicos.

V

● EL ARTISTA INDIVIDUAL Y LOS INSTITUTOS DE ARTES

Lo que deberíamos colocar entre las primeras e importantes cosas por las cua-

les debemos esperar y rezar es el restablecimiento de los íntimos vínculos entre la gente, por un lado, y los artistas e intelectuales, por el otro. Lo que no se toma en cuenta suficientemente en los Estados Unidos es la profunda escisión entre la mente y el cuerpo de la sociedad en general. La mente de la sociedad tiende a vivir una vida liviana y el cuerpo y las masas, una vida vulgar, en cuanto respecta a la imaginación. Pero el artista pertenece a la gente y no puede prescindir de una relación vivificadora con la gente. La Iglesia puede contribuir a restablecer esa relación honrando al artista mucho más de lo que lo honra actualmente. Puesto que la Iglesia es plural en su estructura, debe honrar al artista como a uno de sus miembros plurales. Si la Iglesia da al artista y a la vida de la imaginación un alto lugar de honor, la gente comenzará a seguir el discernimiento de la Iglesia. Y el artista debe comenzar a olvidar su propia salvación individual, su autenticidad, su respetada sinceridad, y a pensar más a menudo en la gente para quien fue hecho por el Espíritu Santo. Circulan demasiados desatinos acerca de esta clase de sinceridad personal que ha aislado al artista de la gente. La Iglesia es el prominente Espíritu de Dios que busca todas las otras manifestaciones del espíritu de Dios. Debe estar dispuesta a correr riesgos con respecto a la actividad del artista, pues sabe que nuestra pasividad actual es un riesgo infinitamente mayor para la salvación de las almas. Y todo lo dicho con respecto al artista individual se aplica también a los institutos laicos de artes.

● NUESTRAS ESCUELAS Y UNIVERSIDADES:

El fondo de nuestro problema de la imaginación pasiva y colectiva en los Estados Unidos podría residir en una clase no muy perdonable de pasividad con respecto a la vida imaginativa por parte de nuestras escuelas, colegios y universidades, tanto Católicos como no-Católicos. Hay más de 28.000 escuelas secundarias en los Estados Unidos; hay más de 1.000 colegios, y 230 universidades. Este es verdaderamente un enorme desarrollo, preñado evidentemente de posible poder, en el sentido más positivo y sano de la palabra. Y sin embargo, aún se da el caso de que un grupo relativamente pequeño de hombres y negocios en unas cuantas millas cuadradas de Hollywood y Nueva York han asumido un fácil dominio de la vida imaginativa de la nación.

Otro hecho paralelo es que nuestras escuelas y universidades comparten la pasividad e inercia del artista individual y el aislamiento de la mente de la sociedad y su cuerpo y toda la idea de la cultura popular. Hemos tenido que afrontar un profundo temor en los círculos académicos en el sentido de que el contacto de la cultura selecta con la cultura popular o con los nuevos medios de difusión envilecerá la verdadera cultura y falseará la gran vocación de las universidades para sostener esta cultura. No cabe duda alguna de que allí hay peligro, pero ¿dónde no hay peligro y quién ha llegado a ser alguien en la vida viviendo perpetuamente de acuerdo a la teoría de la nariz del camello y la teoría de que si se les da una pulgada se toman una mi-

● WILLIAM F. LYNCH, S. J.

lla? Debemos indagar dónde reside el mayor peligro para la comunidad académica. Es indudable que reside en cualquier forma de aislamiento de la comunidad pública, de la gente y de la historia. Si la comunidad académica realizara mañana lo que es capaz de realizar en ese terreno, y descartara su pasividad protectora, entonces se empequeñecerían las poderosas pero falseantes energías creadoras del mundo comercial. Cuáles son, pues, algunas de las aportaciones que los colegios y las universidades podrían realizar para restablecer el poder de la imaginación activa en nuestra sociedad:

● *LAS ARTES Y LOS PROGRAMAS ESCOLARES DE ESTUDIO*

Los colegios y las universidades podrían ciertamente restablecer las artes y la vida imaginativa, aunque fuese únicamente en el nivel selecto, en su lugar original dentro del concepto de la educación. La literatura es el único arte que se estudia ampliamente y aún estos estudios en la imaginación literaria son diluidos muy a menudo al grado de competencia tecnológica. Pero muchos de los colegios para mujeres en particular están comenzando a guiarnos para salir de ese estado de cosas.

● *LAS NUEVAS ARTES Y LAS UNIVERSIDADES, FESTIVALES CINEMATOGRAFICOS DURANTE TODO EL AÑO*

Los colegios y las universidades deben decidir osadamente cómo incluir profundamente en sus programas de estudios las nuevas artes de la gente, especialmen-

te la cinematografía y la televisión. Empleo la palabra "*profundamente*" porque, a pesar de la labor heroica de varios departamentos de comunicación en masa y de medios de difusión en masa en nuestras universidades, esas artes todavía existen, en cuanto respecta a una eficacia completa, al borde de las comunidades académicas. Yo desearía que las Facultades de Idiomas y Filosofía salieran de sus tradiciones fijas para contemplar las nuevas situaciones visuales. Y podrían tener en cuenta la creciente opinión de muchos de nosotros de que la nueva situación de películas de calidad está empezando a dejar a la zaga la labor contemporánea en el teatro. No basta que las universidades sean fortalezas de cultura. Fortalezas para la defensa. Tenemos que lanzarnos al ataque.

Sería maravilloso, por ejemplo, si los eruditos y los estudiantes de la imaginación literaria establecieran festivales cinematográficos de calidad en todas las ciudades universitarias durante todo el año. La creación en esa forma de un nuevo público tan numeroso y tan visible para las películas serviría inmediatamente de aliento a todos los artistas visuales que se aíslan de las situaciones comerciales presentes y de la audiencia en masa actual. También contribuiría a disminuir radicalmente el presente estado de "esquizofrenia" en la imaginación de los estudiantes, en función de que discernen bastante bien los temas tradicionales de nuestra cultura literaria selecta, pero demuestran poca capacidad de discernimiento en los nuevos medios visuales. Es alentador poder informar que estos "festivales" están cobrando auge en todas partes.

● *EL ESTUDIANTE CREADOR*

El profesor con imaginación y el estudiante con imaginación deben desempeñar un papel prominente en las ciudades universitarias, Y si el profesor carece de imaginación, que tenga la imaginación y la magnanimidad para permitir que el estudiante se supere. En cuanto respecta al estudiante activo y creador, no hay que tenerle miedo ni hay que temer su talento. La mayoría de los mitos en torno a la potencia creadora, a la imaginación y a los artistas son precisamente eso: mitos y muchos desatinos. Es al parecer natural que los seres humanos tengan miedo a la libertad y la consideren como una fuerza potencialmente hostil, pero, ¿acaso no son nuestros propios temores y hostilidades los que crean estas fantasías respecto a la fuerza creadora? Si dicho estudiante es aceptado, él también manifestará más propensidad a relacionar su talento con el destino de las gentes.

● *EL OTRO ESTUDIANTE
Y LA CAPACIDAD CREADORA*

Tampoco debemos confinar nuestras consideraciones al tipo de estudiante que tradicionalmente es catalogado entre los de "talento". En todo ser humano existe alguna forma de capacidad creadora. Pero ésta no será descubierta si permanecemos obstinadamente apegados a un singular concepto rígido de educación humanística en el nivel universitario. La educación liberal que otrora liberalizó al alma humana y le dio libertad tiene hoy día el defecto de crear pasividad o iner-

cia en la mitad de los que estudian en colegios y universidades, sencillamente porque esa educación no es capaz de abrir campo a sus intereses. Por lo tanto, esos estudiantes son clasificados como "sin talento". Lo que se necesita y esto ya comienza a manifestarse en un frente general, es el desarrollo de todas las formas de colegio especializado, a través de cuya diversidad hay mucho más oportunidades de localizar el talento activo de un mayor número de seres humanos.

● *LA COMUNIDAD SECULAR
Y LA CAPACIDAD CREADORA*

Paso a considerar ahora la actitud de la Iglesia toda con respecto a la enfermedad de la pasividad y con respecto a la virtud de la capacidad creadora y la vida de la imaginación. Este tema es tan amplio que me contentaré con hacer algunas observaciones. Una función primordial de la Iglesia debería ser ayudar a las personas a valerse por sí mismas, y a ser almas interiormente activas. Esto es ciertamente parte de lo que queremos decir cuando nos referimos a la salvación de las almas. Si vuelvo una vez más al tema central de *Mater et Magistra*, me parece que en todo instante hace una exhortación para el desarrollo de esa clase de almas y de grupos. Está bien claro que debemos impartir un mayor sentido de libre capacidad creadora e iniciativa, y dar derecho a ello a los seglares, especialmente si son profesionales. Y espero fervientemente que quienquiera que tenga recelos de esta iniciativa pueda ser ayudado a disipar tales temores al considerar el problema dentro de la perspectiva que hemos estado empleando en esta

discusión, es decir, percatarse de que al defender esta iniciativa estamos atacando realmente la enfermedad espiritual más general de nuestra época, a saber: la pasividad y el debilitamiento del sentido de identidad humana en todo el mundo.

● *LAS PROFESIONES
Y LA CAPACIDAD CREADORA*

Mi propio interés, por accidente de la historia, por trabajo y estudio, no estriba en el problema de lo secular como secular, lo que dejo en manos de otras personas, sino en la iniciativa y las imaginaciones de los profesionales como profesionales, ya sean seculares o clérigos esas personas dedicadas a una profesión o una actividad particulares. El terreno común de intereses espontáneamente unificados y de colaboración entre los seculares y los sacerdotes es una fuente de energía y júbilo. Por lo tanto expondré mi propia teoría al respecto por lo que valga. Es la siguiente: Mientras más florezca entre los seculares y los sacerdotes esta relación de trabajo y colaboración en los niveles profesionales de competencia, objetividad y desinteresado interés en el campo del trabajo, menos frecuentemente tendremos que preocuparnos del problema del predominio entre estos grupos. Al realizar estas cosas no hay que olvidar las vastas zonas donde ninguno tiene predominio y donde el trabajo y la colaboración profesionales se dan la mano y el corazón para efectuar la tarea por hacer. Aquí nos referimos al trabajo de la imaginación, que es una de esas zonas.

Si he tenido palabras de crítica contra el Catolicismo de los Estados Unidos, co-

mo ustedes podrían tenerlas para sus propias naciones católicas, permítanme que incluya también palabras de alto elogio, a igual que ustedes en sus respectivos pueblos. Con tal objeto consideraré una vez más una región y un tema de central importancia.

El Catolicismo de los Estados Unidos ha tenido un éxito maravilloso ante Dios y ante el Hombre siempre que ha entrado con otras gentes y con fervor en zonas de trabajo desinteresado para aliviar la menesterosa situación humana. Esto lo ha realizado muy a menudo. Esas zonas también aunaron a los seculares y los sacerdotes en niveles profesionales desinteresados y objetivos. Un sobresaliente ejemplo de ello ha sido nuestra participación en los períodos críticos del movimiento laborista en los Estados Unidos.

Realicemos la misma cosa, aunados en corazón y profesión, en este nuevo trabajo y en esta nueva crisis de la imaginación y las artes. Que los sacerdotes y los seminarios, colaborando con los profesionales en el terreno de las artes, cobren un creciente interés en la elaboración de una teología y una espiritualidad de la capacidad creadora.

Tal labor ya ha sido iniciada en muchos lugares. Que todos los miembros de la Iglesia que tengan interés, y ojalá su número aumente, se consagren a imaginar y a crear en cooperación. Formemos agrupaciones y almas activas y creadoras, y tengamos en un lugar de honor a esas almas y esas agrupaciones. Esto no significa eludir ni un ápice los altos objetivos de la Encíclica *Mater et Magistra*, sino sentar uno de los profundos cimientos sin los cuales esos objetivos son inaccesibles. ◆